

SOBRE LA CONVERSACION

Ángela Calvo de Saavedra¹

En estas breves palabras de apertura a un encuentro para conversar, quiero motivarlos al ejercicio de esta práctica que, si bien es la forma natural humana de relacionarnos con el mundo y con los otros para pensar el presente, recordar el pasado e imaginar el futuro, ha dejado de ser habitual en la sociedad narcisista del rendimiento y del olvido de la alteridad.

En el reciente conversatorio sostenido con el P. Arturo Sosa, S.J, General de la Compañía de Jesús, nos centramos en la idea de una universidad que escucha. Esta idea hace eco de las provocadoras palabras del Papa Francisco sobre la educación, sintetizadas en la afirmación: “la misión de la universidad es quizás la de formar poetas sociales, coreógrafos sociales, que imaginan una danza de la cual nadie es excluido”; así mismo, de las ideas expresadas por el P. Luis Fernando Múnera en su discurso de posesión como Rector de la Pontificia Universidad Javeriana y en varias de sus intervenciones públicas, que sitúan como centro de la vida universitaria la comunidad de profesores y estudiantes.

Escuchar, como disposición consciente, implica el tiempo de la demora, del cuidado, de la disponibilidad curiosa y abierta a la perspectiva del otro; es el punto cero del despliegue de nuestra competencia comunicativa, el dispositivo para que el otro tenga el coraje de expresarse, práctica que transforma su anhelo en voz y propicia el encuentro desde la mutua vulnerabilidad, suelo de nuestra humanidad común.

El actuar comunicacional, orientado al reconocimiento recíproco y al entendimiento es el único poder no violento con el que contamos los seres humanos para coordinar la acción, es la promesa libertaria del humanismo ilustrado, el uso público de la razón para tornar habitable el mundo. Potenciarlo al interior de las instituciones educativas constituye la fuerza de la esperanza y el hilo que teje la confianza, desde la cual se gana la convicción de que todos y cada uno, como advierte la ya famosa entre nosotros parábola del colibrí, tenemos algo que aportar en la construcción de lo común, la comunidad, en tanto nos reconocemos unos a otros como interlocutores válidos.

¹ Reflexión introductoria a la Jornada de Reflexión Universitaria, PUJ, Melgar, agosto 16-18 de 2023

Ahora bien, la conversación es ese sutil y delicado vaivén, esa oscilación de la escucha y el habla que se suscita en el encuentro, en la presencia del otro diferente, cuando nos anima un mundo de la vida cotidiana compartido y un horizonte para la acción concertada: en nuestro caso, el campus universitario y un ideal de formación.

El mundo de la vida cotidiana es el contexto desde el cual hablamos, es el horizonte virtualmente infinito de significaciones anterior a toda teoría, complementario a la práctica comunicativa porque ese mundo solo se da a cada uno en perspectiva, de manera que ampliar nuestra lente de mirada solo es posible mediante la escucha de otras perspectivas. Es precisamente en el diálogo que descubro que soy parte esencial de ese mundo, pero yo no soy el mundo.

En ese horizonte de sentido que se configura a partir de la multiplicidad de voces, son los sentimientos morales, las vivencias y las experiencias concretas los que nos sirven de indicadores, de sensores para detectar aquello que nos afecta y como fuentes motivacionales con vocación comunicacional. Desde la sensibilidad moral nos abrimos a comprender a todo otro diferente en su diferencia, es decir como interlocutor válido. Es crucial valorar el papel de los sentimientos morales en su papel de hacer visible la injusticia, la exclusión, el menosprecio, el abuso del poder. Desde ellos cobra voz la denuncia y la resistencia que, al ser expresada y compartida, va ampliando el ámbito de la sensibilidad, la hace progresivamente más pública y alerta sobre nuevas problemáticas acuciantes: ambiental, de género, cultural, étnica. Las vivencias conversadas nos permiten percibir y conmovernos ante la manifestación y expresión de los sentimientos de quienes viven la experiencia de las distintas formas de invisibilización, discriminación y negación de sus derechos.

Es justamente el desconcierto, la perplejidad, la crítica, la censura, la protesta, la pregunta ¿por qué?, la que da origen y fuerza a la conversación, al primer nivel –hermenéutico– de comprensión que va creando grupos solidarios desde los cuales se gesta y propicia el reconocimiento recíproco en la diferencia y un modo de vida en el cual todos y todas nos asumimos como interlocutores únicos y especiales. Sin esa intersubjetividad del comprender, ganada solo en la conversación, es imposible la objetividad del saber, como sostiene J. Habermas, autor de la teoría del actuar comunicativo. En realidad, solo a partir de la mutua comprensión de perspectivas y puntos de vista distintos se experimenta el pluralismo como recurso para pensar y construir lo común.

Ese primer momento hermenéutico, de comprensión y ampliación del horizonte de mundo, es ya apertura a otras culturas y formas de vida. Está determinado por la conversación, cuyo

valor y sentido radica en su potencial para percibir la contingencia y el límite de mi punto de vista, contribuye de manera decisiva a descentrarme, a abrirme a la multiplicidad y heterogeneidad de miradas y voces sobre lo mismo, a disímiles posiciones y concepciones de lo verdadero, lo bueno, lo justo y lo correcto. La posibilidad de comprender al conversar es al mismo tiempo autoconocimiento, porque exige tomar conciencia de lo que pienso y siento frente al tema en cuestión antes de expresar una postura propia, de la cual soy responsable en sus alcances y límites. Desde ese nuevo lugar reflexivo, nos encontramos y cosechamos lo común de la polifonía de voces.

La conversación es apertura consciente del mundo de la vida compartido, animada por la curiosidad y el entusiasmo por la diferencia. Mantenerla viva implica esforzarnos en incluir el mayor número de perspectivas posibles, no excluir a ningún hablante y, sobre todo, no intentar urgir ni precipitar el consenso, la conclusión, y evitando jerarquizar o polarizar la experiencia del disenso. Si la finalidad de un encuentro como este es que la conversación no se interrumpa para poder construir comunidad en la diferencia y gozar de la experiencia, es decisivo deponer el espíritu del polemista, de ese que habita en cada uno de nosotros y cree tener la razón de antemano, así como la autoridad para imponerla. En la conversación genuina se requiere abandonar la forma de poder determinada por roles y lugares de privilegio y mantener las reglas de la cortesía, la acogida amable y hospitalaria a todas y cada una de las voces, de manera que vaya emergiendo, como en una orquesta –a partir de que cada intérprete afina su instrumento– una composición armónica. Lo fabuloso del juego de lenguaje conversacional es que nunca se reduce a un partido de suma cero, no se trata de un encuentro que dictamina ganadores y perdedores, sino de un escenario y una obra siempre inconclusa, en la que atisbamos algo del otro que nos motiva a futuros encuentros. El uso hermenéutico de la comunicación en las variadas formas de conversación cotidiana expresa vivencias y experiencias, se refiere a contextos compartidos que pueden ser generalizables, constituyen sentido y orientan la acción. No se trata solo de anécdotas o de una mera charla, sino de la inclusión en las experiencias de otros que, al ser comunicadas, se convierten en lentes de visibilidad que nos recuerdan que no estamos solos. Cada uno aporta a la conversación desde la diferencia, pero la magia está en ir tejiendo hilos comunes, sin que reconocer al interlocutor implique estar de acuerdo con él; de lo que se trata es de no silenciarlo ni excluirlo. En este sentido, es más que tolerancia, actitud que puede terminar siendo cínico menosprecio.

La apertura a la diferencia propia de la conversación no significa caer en el relativismo de la opinión en el cual todo vale. Tampoco se reduce a un mero registro –aburrido por demás– típico de una lluvia de ideas. La metáfora más adecuada es la de una urdimbre, un tejido policromo donde quede la huella de cada puntada. En la metodología que se ha propuesto para este encuentro a conversar, en cada ronda cada mesa tendrá distintos interlocutores pensando la misma pregunta, de manera que la tarea de moderadores y relatores es llevar a cabo, con imaginación y osadía, un proceso reconstructivo que recoja, problematice y reformule para cada nuevo grupo dónde va el hilo de la conversación, suscitando así la reflexión y ampliando el círculo de interlocución a la manera de ondas que se propagan en el agua o cajas de resonancia que inviten a cuestionar, disentir, reconocer puntos críticos y avanzar en la comprensión de la complejidad y profundidad de los temas sobre los que conversamos.

Naturalmente, el fin del actuar comunicacional es poder gradualmente, sin premuras y con las curvaturas propias de todo encuentro entre personas, avanzar con base en razones, en argumentos, en deliberaciones compartidas, hacia acuerdos mínimos sin anular la diferencia; acuerdos que convoquen y vayan garantizando la estabilidad y el florecimiento de las instituciones con la participación de todos los afectados. El *telos* de la comunicación es alcanzar juicios sensatos, justificables, orientadores de la planeación y acción conjunta. Pero, la razonabilidad de las decisiones es directamente proporcional a la riqueza y amplitud de la conversación que las precede.

Quiero cerrar esta reflexión con una analogía que ilustre la importancia de este encuentro de profesores y estudiantes para conversar sobre la cosa misma de la educación como formación de personas y ciudadanos: la relación pedagógica. Así como la dinámica de la democracia depende de la fortaleza de la sociedad civil, de la participación reflexiva de los ciudadanos de a pie, quienes en su pluralidad y diferencia van configurando lo público mediante el diálogo del que surgen las políticas de gobierno, la vitalidad de una universidad depende de la actitud de participantes que adoptemos profesores y estudiantes, de la escucha, conversaciones y argumentaciones que se conviertan en eje de nuestra práctica cotidiana y sean el motivo profundo de nuestra presencia y permanencia con sentido en el campus. Ojalá de este encuentro surja la convicción de que cada uno es miembro único y especial de una comunidad educativa concreta la Universidad Javeriana, inserta en una tradición, con una responsabilidad social y cultural específica y con un proyecto educativo que es nuestra tarea poner a la altura del presente: el cultivo de la humanidad. De nuevo, las fronteras de la conversación javeriana deben abrirse al

diálogo con otras universidades, para darle vuelo a la Educación Superior en Colombia –y quizás en el mundo– pilar decisivo del cambio social en aras de una vida digna, justa y solidaria para todos.

A mi juicio, hoy sigue siendo válido e inspirador el aserto de David Hume en el siglo XVIII:

Cuanto más conversamos con los seres humanos, y cuanto más amplias son las relaciones sociales que mantenemos, más nos vamos familiarizando con esas preferencias y distinciones generales, sin las cuales nuestra conversación y nuestro discurso apenas podrían resultar inteligibles para los otros (...) Diariamente nos encontramos con personas cuya situación es diferente a la nuestra, por lo que nunca podrían relacionarse con nosotros en términos razonables si permaneciéramos constantemente en nuestra posición y punto de vista. El intercambio de sentimientos en la vida de sociedad y en la conversación es lo que nos lleva a formar una suerte de criterio general, guiándonos por el cual podemos aprobar y rechazar caracteres y modos de conducta.

Muchas gracias.